

IGNACIO LATIERRO

COFUNDADOR DE LA LIBRERÍA LAGUN

Lecturas contra la barbarie



LA LIBRERÍA LAGUN DE SAN SEBASTIÁN ES UN COMPENDIO DEL MUNDO. LOS LIBROS CONTIENEN LO QUE SOMOS. CUANDO LEEMOS, VIVIMOS LA VIDA DE OTROS. EN ESE ESPACIO DE INTIMIDAD, EN EL DIÁLOGO CÓMPLICE ENTRE EL ESCRITOR Y EL LECTOR, DESCUBRIMOS QUE EL DESASOSIEGO DEL PROTAGONISTA ES EL NUESTRO. TAMBIÉN SUS SECRETOS SON LOS MISMOS QUE LOS NUESTROS. TODO EL COMPLEJO MEOLLO INTERIOR ESTÁ EN LOS LIBROS.

Texto: MARÍA JOSÉ PRIETO

LA LITERATURA TIENE LA INCREÍBLE CAPACIDAD DE LA METAMORFOSIS. En el momento en el que abres las páginas de un libro, te adentras en un proceso de cambio. Es un viaje sin retorno. Porque una vez que lees los primeros párrafos, ya no volverás a ser quien eras. Nunca serás la misma persona después de haber leído *Cien años de soledad*. Y es precisamente esa fuerza regeneradora la que hace de los libros la más increíble de las criaturas.

La historia de la Librería *Lagun* (compañero en castellano) no fue un camino de rosas. Las primeras líneas se escribieron el 3 de diciembre de 1968, el día que abrió sus puertas en pleno casco antiguo de Donostia. El empeñamiento de su fundadora, María Teresa Castells, junto a su marido, José Ramón Recalde, e Ignacio Latierro, resultó imbatible.

Tampoco el año fue baladí. Corrían los tiempos de mayo del 68. Las revueltas estudiantiles y sindicales de Francia soplaban vientos de cambio. En la Librería *Lagun* ese aire se respiraba en la clandestinidad. "Siempre nos sentimos como un altavoz de la pluralidad y de la cultura. Quisimos contribuir, como muchas otras librerías, a la extensión de las ideas democráticas y a la oposición al franquismo", rememora Ignacio Latierro, que a sus 76 años sigue acariciando a diario los lomos de las estanterías, aunque ya en calidad de librero emérito.

En poco tiempo, *Lagun* se convirtió en un referente del antifranquismo. Llegaban libros prohibidos, se celebraban charlas sobre la democracia y los más diversos proyectos políticos. La pluralidad campaba en esa activa trastienda.

CRISTALES ROTOS

Ignacio Latierro es un hombre afable, de voz pausada y palabras sencillas. Un lector empedernido y voraz. Una *rara avis* que habita rodeada de su principal alimento: los más de 21.000 volúmenes que componen la librería.

No se entiende la historia reciente de Donostia sin mencionar a *Lagun*. Las manecillas del reloj se posan en esos primeros años de ansias de libertad y se detienen de nuevo en un país ya en democracia, esta vez con la peste de la vileza que sembró la banda terrorista ETA. Eran los tiempos de los cristales rotos, los libros quemados, los insultos y las pintadas amenazantes.

—Ahora es el momento de preguntar por qué. ¿Qué sucedió para que una librería que había sido una luz en la lu-



“Lo esencial es no perder el sentido de lo que ocurrió, es decir, que en Euskadi hubo un proyecto para conseguir ‘un objetivo’ mediante la violencia”

cha antifranquista se convirtiera en el objetivo de la banda criminal?

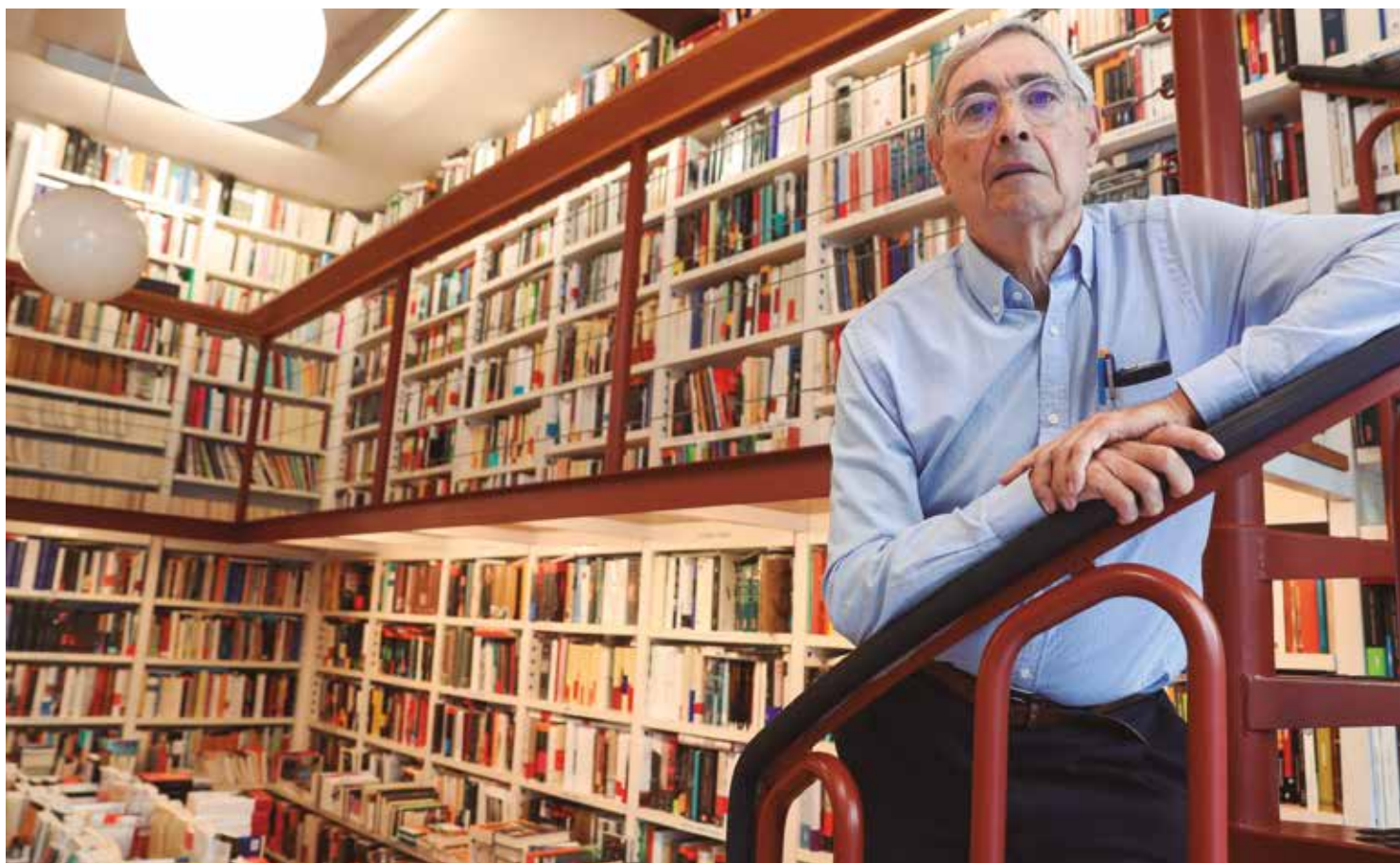
“No hubo una sola razón, sino un cúmulo de varias. El casco antiguo era un lugar llamativo, estaba lleno de turistas, de bares... Era un espacio animado y emblemático, pero al mismo tiempo era un punto de concentración de los grupos abertzales que consideraban este territorio como su feudo y que actuaban como una especie de mafia. Tenían sus *herriko tabernas*, sus huchas para los presos, hacían sus manifestaciones... Nosotros no estábamos dispuestos a contribuir con ese ambiente. Nos convertimos en un elemento que no aceptaba sus reglas del juego. Por otro lado, estaba nuestra dedicación política. José Ramón Recalde fue consejero socialista de Educación y posteriormente de Justicia. Yo, por mi parte, fui parlamentario socialista. La política

influyó, por supuesto, pero también ese momento en los 90, en el que Herri Batasuna anuncia que hay que presionar a todo el mundo para lograr “el objetivo”. Además éramos librereros, vendíamos todo tipo de libros, con pluralidad de ideas. *Lagun* era un espacio abierto para la cultura en general. Todos estos factores se unieron y desencadenaron las agresiones. De alguna manera nos vieron como una de las fichas que había que presionar para lograr sus propósitos”.

Las amenazas y destrozos fueron sucediéndose paulatinamente. Uno de los primeros ataques se produjo cuando pusieron en el escaparate el libro homenaje a Gregorio Ordóñez, asesinado por ETA en 1995. Ese mismo día rompieron los cristales. A partir de ese momento, “se produjo un ascenso de la violencia. Después siguieron los daños por colocar

el lazo azul, un símbolo que nació por el secuestro del empresario Julio Iglesias Zamora. No querían que hubiera en su territorio un comercio que repudiara el terrorismo”, explica Latierro.

El ataque más grave sucedió en las navidades de 1996. “Nos destrozaron el escaparate, arrojaron pintura roja y amarilla,



“Nos destrozaron el escaparate, arrojaron pintura, quemaron los libros... Pero la respuesta fue increíble. La gente empezó a comprar los libros quemados, los cristales... cualquier cosa de Lagun. Fue una muestra de solidaridad excepcional”

quemaron los libros... La librería fue arrasada y estuvimos a punto de abandonar. Pero la respuesta fue increíble. La gente empezó a comprar los libros quemados, los cristales... cualquier cosa de Lagun. Fue una muestra de solidaridad excepcional por parte de nuestros amigos y clientes. Este acto simbólico nos animó mucho y decidimos no cerrar”.

En enero de 1997 sufrieron otro ensañamiento. “Rompieron el cristal, sacaron los libros a la calle y los quemaron”. Las similitudes con el pasado más oscuro de

la reciente historia europea no se pueden ocultar. Ese día ardieron algo más que papeles. La escena tuvo repercusión internacional y el Gobierno Vasco les ofreció una dotación de la ertzaintza con protección día y noche.

ÉPOCA DE DESOLACIÓN

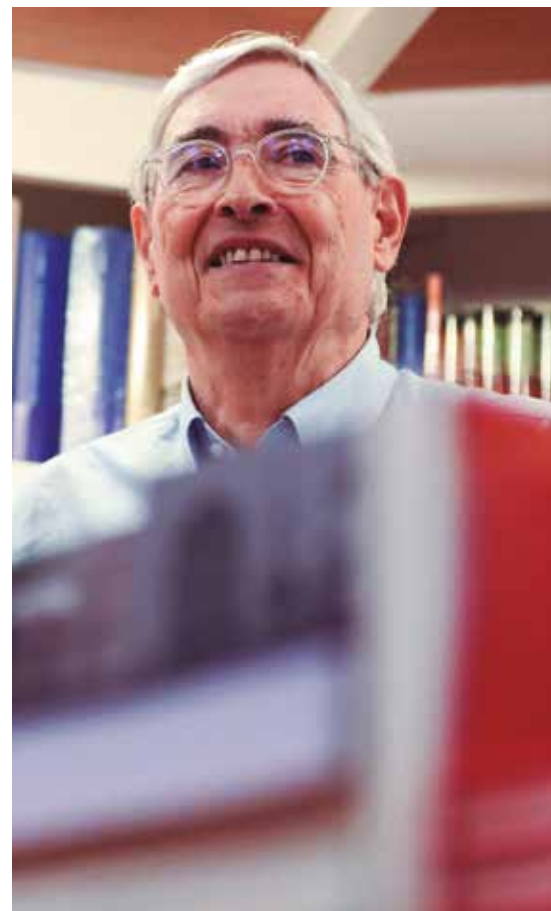
El atentado del año 2.000 fue el más abyecto de todos. El marido de María Teresa Castells, José Ramón Recalde, fue gravemente herido por ETA. Un tiro en la boca

le dejó vivo, pero no ileso. Desde entonces sufrió secuelas que le acompañaron el resto de su vida. Fue el año en el que desaparecieron amigos como Fernando Buesa, Ernest Lluch, José Luís López de la Lacalle, Juan Mari Jauregui... una lista que firma la barbarie y el desprecio por la dignidad humana.

“Ese momento fue crucial para la librería porque realmente nos planteamos el dilema de continuar. Fue una época de desolación. Durante el primer mes lo que hicimos fue asimilar el atentado de Ramón. Después un grupo de amigos nos propuso trasladar la vieja librería de la parte antigua a otra zona más segura. Se recogieron fondos, los amigos y clientes contribuyeron como pudieron, se encontró un local en la calle Urdaneta y nos pusimos en marcha”, comenta Latierro.

—¿Qué sintió en esos momentos?

“Con las primeras agresiones tuvimos miedo. No se puede negar. Pero esa actitud fue evolucionando con el tiempo.



Nos dimos cuenta de que en realidad éramos librereros. *Lagun* siempre había sido un espacio abierto a todos, un lugar acogedor donde hablábamos de libros. De la sensación de amenaza pasamos a la repulsa. No podíamos tolerar que nos echaran. Después desarrollamos un profundo sentimiento de solidaridad frente a la intolerancia. Los clientes, los amigos, personas anónimas, todos estaban dispuestos a ayudarnos”.

–El fin del terrorismo, ¿qué ha dejado?

“Es importante transmitir a la gente que no hay que borrar el pasado. Lo esencial es no perder el sentido de lo que ocurrió, es decir, que en Euskadi hubo un proyecto para conseguir “un objetivo” mediante la violencia. Ahora hay que seguir adelante siendo conscientes de que el futuro se construye sobre el pasado. Pero debemos continuar. La vida sigue”.

En el año 2018 la librería conmemoró su 50 aniversario con un homenaje en el Teatro Victoria Eugenia de la capital do-

nostierra. En el acto se reunieron escritores, políticos, artistas, lectores y amigos con la sentida emoción de reconocer el trabajo en favor de la “cultura, el pensamiento crítico y la libertad”. Durante la celebración, el Gobierno les concedió la Placa de Honor de la Orden Civil de Alfonso X El Sabio. Hasta 50 personas participaron en el homenaje a través de un relato múltiple basado en la idea: “El libro aquel que compré en *Lagun*”, un título simbólico que reconoce la idea del espacio como vínculo y símbolo del coraje democrático.

“Fue un acto muy intenso, conmovedor y muy bien realizado en el que 50 amigos y lectores recordaron a *Lagun* con gran emotividad”, confiesa Latierro. No pudieron acompañarle, la precursora, María Teresa Castells, ni José Ramón Recalde, ya fallecidos. Sí estuvieron sus actuales propietarios, los hijos de los fundadores.

Es difícil evitar preguntar sobre el oficio ¿qué libro recomienda?

Con permiso de mis amigos escritores, creo que el libro que mejor ha sabido revelar la situación que hemos vivido es *La carta* de Raúl Guerra Garrido, un escritor excepcional.

No es fácil ser librero en estos tiempos. Esta vez la embestida viene en forma de “aparatejo” tecnológico, de gigantes empresariales que venden libros junto a muebles, ropa, zapatos, juguetes y electrodomésticos. La librería, las puertas que te adentran en ese olor tan peculiar del papel impreso, o la astucia del libre-ro cuando trata de atinar con los gustos del lector, es probable que desaparezcan. Una reconocida librera dijo una vez “el libro se lee, la pantalla, se mira”. Hay diferencia perceptible. Sí que la hay.

Como argumentó Virginia Woolf: “Si quieres entender lo que diferencia a un buen escritor de un escribidor, inténtalo tú y verás”. Pues eso: “Si quieres entender lo que diferencia a un buen librero de un vendedor de libros, inténtalo tú y verás”. ■